

En estos días aprovechando el desconcierto generalizado (tanto en oriente como en occidente) que ha generado la victoria de Hamás en Palestina, Israel recurre a una vieja estrategia que siempre le da buen resultado a nivel internacional, se hace la víctima cuando todo el mundo sabe que es el verdugo.

Los éxitos o las consecuencias de semejante cambio de papeles son sorprendentes. Como de repente son las víctimas nos tenemos que preocupar -la comunidad internacional- del pobre Estado de Israel que Hamás no quiere reconocer y que no sólo eso, sino que además, están rodeados de peligrosos países árabes llenos de terroristas dispuestos a atentar contra el “sueño americano” que en Oriente Medio simboliza Israel.

Cuando las cosas se ponen un poco peor y hay que aportar una dosis extra de dramatismo, incluso se puede tirar del holocausto de la Segunda Guerra Mundial para recordar al mundo la desdichada existencia del pueblo judío. Que nadie me interprete esto mal, no soy yo quien falta al respeto a las víctimas de semejante genocidio, es el propio Estado de Israel quien lo hace para sacar rédito político y poder así seguir con su política de aplastamiento del pueblo palestino. Salvando las distancias, algo así como lo que hace el Partido Popular y la derecha española en general con sus propias víctimas del conflicto vasco.

Volviendo a Palestina, es necesario recordar una vez más porque Israel es verdugo y no víctima. El proyecto sionista que guía la política de cualquier gobierno de Israel (en esto da igual que sea el Likud, los laboristas o nuevos partidos que creen) pretende desde hace más de un siglo borrar del mapa literalmente al pueblo palestino. Desde el principio contó con el apoyo de los imperios de la época, al principio el británico, a partir de mediados de siglo, el norteamericano.

Esta política planificada de exterminio dio un paso de gigante en 1948 año en el que Israel aprovechó su victoria militar para ocupar el 80% de la Palestina histórica y obligó a salir de su tierra a casi un millón de palestinos y palestinas que hoy, ellas y sus descendientes siguen siendo refugiadas (las sucesivas guerras y ataques israelís han incrementado esta cifra hasta cerca de cuatro millones de refugiados que actualmente viven en países como Líbano, Egipto o Jordania).

Desde la década de los 70 lleva Israel incumpliendo las resoluciones de Naciones Unidas que le obligan a devolver los territorios que ocupó en la Guerra de los Seis Días en 1967 (Gaza, Cisjordania, Jerusalén Este, los Altos del Golan y el Sinaí) y permitir la vuelta de los refugiados. Es lo que tiene ser el ojito derecho del Imperio, que uno se puede saltar el Derecho Internacional como le venga en gana sin riesgo de ser invadido. Si Iraq, o ahora Irán o Siria se hubieran dado cuenta antes del detalle, bastante mejor les iría.

Pero Israel no sólo se ha contentado con los territorios ocupados hasta ahora ilegalmente, sino que en estos últimos años (curiosamente en el supuesto período de paz de los Acuerdos de Oslo), han seguido usurpando el territorio palestino con grupos de colonos protegidos por el ejército que se dedican a expulsar a las familias palestinas de sus casas, que les roban los campos de cultivo o que simplemente, por el hecho de humillar, talan las plantaciones de olivos centenarios que los palestinos cuidan generación tras generación. La estrategia es la de hacer de la vida diaria de los y las palestinas una auténtica tortura: chek-points en los que los palestinos no pueden llegar a su trabajo o en los que mueren mujeres embarazadas mientras intentan desesperadamente convencer al soldado de guardia de que les deje pasar para llegar a un hospital. Otras veces, como cuentan las brigadistas vascas que en los últimos años están yendo a Palestina, los tanques israelíes recorren a turnos las calles de los pueblos palestinos día y noche produciendo un ruido ensordecedor con el que no dejan dormir a las personas durante días o semanas. Matanzas como las de Yenin o “asesinatos selectivos” (sin juicio previo por supuesto) a militantes palestinos son algunas más de sus estrategias de “estado democrático”.

Éstos son sólo algunos ejemplos de una larga lista de crímenes de Israel a la que hay que sumarle en los últimos años la construcción del Muro de la Vergüenza que con la siempre tan recurrente excusa de la seguridad, sigue recortando el mapa de los ya mínimos territorios palestinos en Cisjordania y aislando a pueblos y ciudades en algo mucho más parecido a un campo de concentración que a un país soberano.

Y en todo esto va Hamás y gana las elecciones por goleada. Israel, consciente del revés que esto supone para sus planes que estaban basados en una Autoridad Nacional Palestina mucho más dócil dirigida por Al Fatha, pone en marcha todo su potencial mediático internacional (es difícil distinguir si directamente lo hacen las agencias norteamericanas) para convertirse en

víctima pasando por alto que es el verdugo. Es cierto que también hay víctimas israelís como consecuencia de los atentados palestinos (aunque Hamás lleva precisamente un año de tregua), pero esas víctimas son personas concretas que tuvieron la mala suerte de verse dentro de un conflicto provocado y alimentado por su propio gobierno. No exime esto de responsabilidad a quien lo hace pero explica las razones políticas de porqué lo hace.

Muchos están siendo los análisis y predicciones sobre la nueva coyuntura abierta en Palestina, hechos además por personas lejanas y cercanas (en Euskal Herria fruto del trabajo de solidaridad de colectivos como PTM, IPES Askapena o Komite Internazionalistak) que saben de primera mano bastante más que yo sobre los entresijos palestinos. Sin embargo, mi aportación es esta reflexión sobre las víctimas y los verdugos; que no se nos olvide quién es quién, y que en consecuencia, y aunque cambie la coyuntura, sigamos trabajando de las mil maneras que se nos ocurran: por un lado en la denuncia del proyecto genocida del Estado de Israel (boicots, denuncia de sus criminales como Sharon), y por otro, en la solidaridad con el pueblo palestino (brigadas, apoyos económicos, hermanamientos entre pueblos...).

Imanol Telleria
Komite Internazionalistak
Bilbon, 2006ko otsailaren 7an.